

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 19 DE JULIO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Pues señor, la cosa está muy mala.

Nó, no se alarme V. E., Sr. de Gobernador, que no pienso dar á Vd. el disgusto de que me arrime una multa, que desde ahora digo que no la podría pagar si excedía de tres pesetas, único dinero que la gloriosa me ha dejado para el resto de mis días.

Que los males del país han ido en aumento, cosa es que la ven hasta los ciegos, y el mismo Gobierno lo ha dicho francamente para que nadie se crea engañado. Véanse los preámbulos de los decretos que el Gobierno ha publicado.

Y todo consiste, francamente hablando, en que los españoles estamos chiflados, dicho sea sin agraviar á nadie.

Porque, señores, si no estuviéramos chiflados, como digo, no pasaría lo que pasa, no habría pasado lo que ha pasado.

Cuando un ciudadano, por muy hombre de bien que sea, empieza un día á coger los trastos de su casa y á tirarlos por la ventana, y manifiesta cierta tendencia á hacer lo mismo con su suegra, pongo por caso, todo el mundo dice que el hombre está loco, y le llevan á Leganés.

Pues ¿qué otra cosa están haciendo los españoles desde el año 68 acá, con su fortuna, con sus hijos y con todo?

Con la monarquía estaba muy bien la mayor parte de los habitantes de España. Había paz, que es lo principal, y más hubiera habido si se hubiese perdido la casta de los progresistas.

Pues bien, fuimos y cogimos y tiramos la monarquía por el balcon, sin reemplazarla con nada.

Nos entretuvimos largo tiempo en darnos aires de soberanos, y mucha soberanía por acá, y más soberanía por allá, y soberanía de luces de gas en las iluminaciones, y em pacho de soberanía en las Cortes, y fueron desfiliando los grandes hombres chiflados: Prim, Rivero, Ruiz Zorrilla, Martos, Becerrita, Echegaray; y despues de un buen hartazgo de soberanía, que yo doy mi parte de ella por tres ochavos, trajimos al Sr. D. Amadeo, que estuvo aquí el pobre hasta que su señora le hizo conocer que aquí estábamos chiflados, y él ya lo iba estando. Aquí te quiero, escopeta: otra vez recobramos la plenitud de nuestra soberanía,

y empieza á salir otra tanda de chiflados, como, por ejemplo, Figueras, Pi, Salmeron (gran tipo), Contreras, Bácia, ¡oh! ¡oh! Sñer, Castelar, y los republicanos de órden, y los de desórden, y los cantonales, y los socialistas, y los comunistas, y los internacionistas, y en fin, tal diversidad de gente chiflada, que si llegan á entrar en una casa de locos, éstos los hubieran arrojado con indignacion de su lado para no ver y oír tantos desatinos de que son capaces.

Por fortuna, un militar que no estaba chiflado sino muy cuerdo, envió á los chiflados federales á paseo, y parecia que con esto iba á entrar la gente en órden.

Pero...

Pues señor, como esa enfermedad tiene un pronunciado carácter contagioso, cate Vd. que, como si no hubiera bastante con los chiflados radicales y federales, de varias provincias de España salieron infinitos chiflados absolutistas á sacar contribuciones, á destruir ferro-carriles, y á matar soldados y paisanos, y á acabar de arruinar al país. ¡Bonito modo de hacerse querer y de vencer al país de que ellos son los que tienen el privilegio exclusivo de la moralidad, el amor al prójimo y todas las virtudes!...

Los gobiernos no suelen ser buenos en este país, pero francamente, los gobernados tampoco son de lo mejor. A pesar de la situacion gravísima en que España se encuentra, los españoles andan cada vez más divididos. El Gobierno pide recursos y los gobernados se echan á reír y se entretienen en decir chistes á propósito de los impuestos; la fortuna pública desaparece, el crédito está por los suelos, y la gente se encoje de hombros, y no se hace un supremo esfuerzo por todos para dominar la situacion y para salvar á España. ¿No creen Vds. que estamos todos chiflados?...

HOJAS DE UN DIARIO.

12 de Enero.

La he visto y la adoro.

Es encantadora; rubia y de ojos azules. El sueño de mi vida. El amor ha nacido en mi alma y no puedo vivir sin ella.

No ha fijado aún en mí sus dulces miradas; le soy

Hemos dicho que los periódicos habían celebrado la resurreccion de Valentin, pero nó que la noticia le comprometió gravemente, y que la autoridad militar creyó del caso averiguar la verdad de ciertos hechos oscuros referentes á su desaparicion, y le encerró para ello en las prisiones militares de San Francisco.

Sabemos que Consuelo y Genaro quedaban disponiendo su boda; pero no hemos dicho la parte que tuvo la autoridad judicial en el esclarecimiento de lo ocurrido en la noche tan abundante en estocadas y pistoletazos, segun queda referido en nuestro capitulo noveno.

Sabemos que Sandoval es rico, pero no sabemos el origen de su riqueza.

La prision de Valentin, las actuaciones judiciales para averiguar la causa de los tiros que habian turbado la tranquilidad en la calle del Desengaño; la acusacion de asesinato lanzada sobre Genaro por Sandoval, todas estas causas habian retrasado el anhelado momento de la union de Consuelo y su amante, no ménos que la muerte del padre de éste.

Olvido mientras tanto, dando expansion á su coquetería, no se explicaba que Valentin hubiera resucitado y no se arrojara enseguida á sus piés, y orgullosa por temperamento y educacion, pobre desde la muerte de su padre y el abandono en que su hermano Genaro la habia dejado, por las mismas causas que originaron la muerte del general, Olvido engañó una vez más las esperanzas de un hombre, despreció el ardiente amor de Enrique y aceptó sin vacilacion alguna la mano del comandante Sandoval, que lograba con aquel matrimonio una especie de venganza sobre Genaro y veia cumplida una de sus aspiraciones. Olvido no habia visto á Valentin: la extraña vida hecha por éste durante el tiempo en que estuvo oculto, explica bastante su alejamiento: su prision posterior contribuye á la explicacion deseada.

Cuando Valentin logró satisfacer los escrúpulos de la humana justicia respecto á su muerte fingida, que

indiferente y sin embargo, me creo correspondido y mi mente soñadora se deshace en proyectos.

¿Quién es? ¿Cuál es su nombre? Lo ignoro todo, nada quiero saber; sólo quiero su amor que hará en mí de un desgraciado un dichoso, de un indiferente un enamorado.

Día 13.

¡Nó la he visto!

La tristeza ha invadido mi ser y la desesperacion mi alma. Llovia; los carruajes eran contados en la Castellana, y todos llevaban echados los cristales que el frio habia empañado, blindando el interior á indiscretas miradas.

Pasaban veloces.

Creí ver su berlina, pero bien pronto he comprendido mi engaño. No era mi rubia, era una morena de ojos negros la que la ocupaba. Morena divina, á quien hubiera amado á no ser por la rubia de la vispera. Nada podrá borrar aquel recuerdo.

Día 14.

Vuelvo á ser feliz, pero muy feliz.

He vuelto á verla, á la adorable, á la sin par rubia que cada vez me trae más loco y enamorado.

Si encantadora estaba en su guatada berlina á doble suspension, más encantadora estaba en su platea de la Opera. Si elegante con su vestido de terciopelo y pieles, más elegante con el de encages blancos. Sus cabellos rubios son más bellos flotantes, rizosos y entrelazados, que sujetos y ocultos por su sombrero de la Ophele.

Cantaban la ópera *Los Hugonotes* y ni una nota llegaba á mis oídos. Mi alma, mi vida, mi pensamiento, mis ojos, mi ser todo, encontrábanse fijos en la platea de mi adorada desconocida. Estaba con ella en el palco un caballero de patillas azafranadas y calvo hasta el exceso y una señora morena y con el pelo blanco. Estos deben ser los papás.

La madre me miraba demasiado. El padre se sonreía de un modo sarcástico y cargante al ver mi tenacidad en mirar á la niña. Esta sólo me ha mirado una vez, un instante ha dirigido á mí sus gemelos de nácar y ha debido sonreirse, yo no lo sé, pero sin duda ha debido sonreirse. La emocion me dejó ciego.

A medida que llegaba la Opera á su fin, el desconocido suelo invadia mi alma y hubiera llorado á no estar en el teatro. Parece como que presentia mi desgracia. El verla es para mí la vida, el no verla la muerte, y hubiera prolongado hasta el infinito aquella

podia suponerle desertor, y á la sustitucion del cadáver, que podia implicar un asesinato; cuando, conocidos los sucesos de la calle del Desengaño, quedó fuera de toda duda legal la inocencia, así suya como de Genaro de Montreal, Valentin quiso ver á Olvido y devolverle el compromiso que ella se habia adelantado á romper. Durante el tiempo que estuvo en las prisiones militares habia sabido el matrimonio de la misma con Sandoval; poseía pruebas, facilitadas por otros oficiales, que comprometian gravemente al comandante de caballería, y esperaba tomar del mismo una generosa venganza devolviéndoselas, siempre que Sandoval hiciera pública su intervencion en los acontecimientos ocurridos al empezar esta historia.

Valentin habia cambiado mucho con los padecimientos: no era ya el gallardo oficial á quien conocimos en el cuartel de Guardias, vivo, resuelto, impetuoso, desobediente á los consejos y mandatos de la razon, amando con frenesí y odiando de igual manera. Las canas se habian adelantado á la edad, y los impetuosos arranques de la juventud luchaban ya con su razon serena, mucho tiempo antes de manifestarse. Era, en una palabra, dueño de sí mismo, y no temia la entrevista con Olvido, cuyo amor habia ido extinguiéndose en el pecho del jóven.

Valentin Fajardo llegaba á los pocos dias del matrimonio de Olvido á la lujosa habitacion que ésta ocupaba en la calle de Alcalá.

Introducido en un salon de la misma por la insistencia que mostró en saludarla, á pesar de hallarse ausente el comandante Sandoval, no tardó en verla aparecer á su vista.

Valentin no habia dado su nombre; pero Olvido le aguardaba. Su coquetería le habia anunciado la visita; sin embargo, Valentin estaba tan cambiado que al pronto no le conoció. Poco á poco, mirándole detenidamente y antes de que la dirigiese la palabra, su palidez dió á entender á Valentin que habia sido reconocido.

LAS CORRIENTES DE LA VIDA

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Por M. Ossorio y Bernard.

CABOS ATADOS.—VENGANZA NOBLE.—EL REGALO DE BODA.

Las corrientes de la vida nos suelen llevar á lo más extraño, nos arrastran en ocasiones hasta lo absurdo; pero las mismas corrientes restablecen la marcha ordinaria en los acontecimientos de la vida. Sin dichas corrientes, la narracion novelesca de los sucesos de esta obra no hubiera llegado hasta mí y las bellas y curiosas lectoras habrian tenido que aceptar explicaciones poco satisfactorias ó por lo ménos incompletas.

Las corrientes de la vida me obligan á escribir el undécimo capítulo; *Las corrientes de la vida* me han permitido también aprovechar mis antiguos hábitos de periodista, é inquiriendo aquí, escuchando allá, uniendo la observacion de hoy al apunte de ayer y sumando datos conocidos con otros recién descubiertos, he podido apoderarme de varios cabos sueltos, desenredar la madeja y seguir el hilo de la narracion hasta terminar el ovillo de la novela.

El amor, la poesía, los sueños de felicidad han sido cantados en el curso de esta obra, á la que solo debo agregar alguna prosa que la termine.

La concurrencia era inmensa, agolpóse á las puertas para la salida y me encontré imposibilitado de romper aquella avalancha humana. Furioso y fuera de mí, he pasado por grosero y mal educado, pisado vestidos, empujado *sin intencion* á las señoras y buscado sin maldita la gana dos ó tres lances con maridos celosos y padres suspicaces, que en mi agresion veían un ataque á su honor. He cambiado tarjetas, y como los desafíos son tres, mañana moriré ó de una estocada, balazo ó indigestion en el arreglo, esto lo creo probable.

Por pronto que quise salir, la rubia habia salido ántes; al llegar al *foyer*, la mampara de salida cerrábase tras ella; abrí la mampara, y su *landeau* poníase en marcha; deprisa y corriendo me metí en el pesetero más próximo, y el adormilado auriga, por seguir á mi bien, siguió al ministro de Hacienda.

Pregunté quién era, y nadie la conoce; uno se ha atrevido á decirme «*es nueva en la plaza*» como si fuera un torero ¡horror! He ido á contaduría y el palco habia sido vendido al Pájaro. El buen Isidro, que conoce á todo el mundo, no conoce al comprador, solo me ha dicho que era un milord de patillas rubias.

Aguardaré á mañana para saber quién es. La veré, y sólo con verla olvidaré mis desdichas de hoy. Mañana irá á paseo y hará buen día. El cielo se encuentra despejado, brillan las estrellas, y sin embargo (porque debe helar) mi cabeza arde. Esperanzas mías, ¿habeis desaparecido y para siempre me habeis abandonado? No, no, no es posible desgracia tanta. El sueño cierra mis párpados, voy á soñar, á soñar con ella, á soñar que me ama y á ser feliz.

Dia 15.

Hace una tarde *impropia* de Enero. Puedo ver á mi sabor á los que pasan. No me han abandonado en toda la tarde mis esperanzas, y sin embargo, no la he visto. En cambio la morena de hace dos tardes pasaba y repasaba sin compasion.

Me ha mirado y hasta se ha sonreído. Esto, que en otros tiempos me hubiera llenado de alegría, hoy sólo aumenta mi desesperacion y mal humor. La odio, sí señor, la odio como odio al mundo entero.

¡Esperanzas, adios!... pero nó, hay un mañana y no debe desesperarse.

Dia 16.

Tampoco hoy la he visto. Nó, miento, no dejo de verla, la veo siempre, la veo á todas horas y en todas partes, impresa de un modo indeleble en mi alma, no se aparta de mí un solo instante.

He perdido hasta las esperanzas; pero su recuerdo nunca. La morena en cambio, sería y orgullosa, ni me ha dirigido una mirada. Parece como que de intento lo hacia. Me alegre, sus miradas y sus sonrisas aumentan mi desgracia.

Dia 17.

Era primer turno, y presuroso he acudido á la Opera con la esperanza de verla. Hacían *Lucrecia*. La platea estaba vacía, y yo no apartaba de ella mis ojos. Al finalizar el primer acto oí el ruido de una puerta, el descender de una cortina y el repetido latir de mi corazón. Creí cumplidos mis ensueños, realizadas mis esperanzas, que era ella;... pero mis ilusiones fueron cortas. La realidad me enseñó que no era la rubia, ni el papá de las patillas rubias, ni la mamá de la cabellera blanca. Era la morena con un padre de patillas negras, y una madre con peluca rubia. Aparté horrorizado la vista. Pronto llegaron á mis oídos estas palabras: *Es divina; es una morena encantadora*; é instintivamente, y solo por apreciar bajo el punto de vista artístico, volví mis ojos, y á los ojos siguieron los gemelos, y á los gemelos mi corazón, y la encontré bonita, y fuerza desconocida me retenia sin apartarme de ella. Hasta encontraba cierta complacencia. Concluyó la ópera, y más feliz que noches anteriores salí á tiempo de verla en el *foyer* y preguntar quién era. Su padre era un acaudalado manchego que habia venido á Madrid con ánimo de casar á la niña. Era un buen sugeto; su hija lo era única y tenia un millon de dote. Todas estas noticias he podido adquirir de una jóven que apenas me interesa... ¡Qué feliz hubiera sido si se refirieran á la rubia! El recuerdo de ésta me tiene nervioso y trastornado. Aguardaré á mañana; mañana la veré sin falta; si nó, tendré que dedicarme á buscar en el olvido mi tranquilidad. ¡Sí!... ¡llegaré á olvidarla!

Dia 18.

Nada... no la veo. Me he quedado flaco y ojoso... Soy muy desgraciado. La morena pasa y se sonríe; quiero apartar de ella los ojos y no puedo. Al verla, parece como que un relámpago de dicha brilla en mi alma. Todo esto á pesar mio.

Dia 19.

Rubia cruel... La morena continúa con sus sonrisas. ¡Qué siente mi corazón que ya casi es una necesidad el verla, y casi ha huido de él el recuerdo de la rubia?

Dia 20.

La morena se llama Luisa y me tiene loco. ¿Qué habrá sido de la rubia?

Dia 21.

Me he declarado á Luisa, si señor; sólo por pasar el rato; me ha dicho que *verá* (así, con acento y todo) y me ha dado cita para la Opera. Hacen por última vez *Los Hugonotes*; está de Dios que no he de ver esta ópera con tranquilidad.

Dia 22.

Es adorable... Luisa me tiene loco.

Dia 23.

No tengo tiempo para escribir...

Dia 24.

Dia 25.

No sé qué poner.

Dia 26.

Amo.

1.º de Febrero.

¿Me casaré?

15 de id.

Me caso.

30 de Marzo.

Mi resolucion es irrevocable; está pedida y señalado el 15 para mi boda.

¿La rubia de marras, qué se habrá hecho?

Dia 16 de Abril.

Ayer me casé, anoche no pude escribir.

Por otra parte, no son para escritas mis impresiones. Soy el más feliz de los mortales.

¡Vivan las morenas y su pelo negro!

Luisa me ama, yo la amo, mis suegros nos aman. Todos nos amamos.

Nos vamos á la Mancha á pasar la luna de miel.

¡Qué buena es Luisa! ¡Es un ángel de cabellos negros y corazón de oro! ¡Y yo que amaba las rubias!

Dia 30.

Hemos vuelto á Madrid, y lo que me ha sucedido pareceme aún un sueño. Tenia que hacer esta tarde, y quedé en que mi mujer me recogiera en la Castellana. Llegué, ví mi coche, hice señas de que pararan para subirme, y al abrir la portezuela ví ocupada mi berlina, por la rubia de Enero, pero aquella rubia estaba en mi coche, tenia la voz y ademanes de mi mujer y hasta su traje. Me dijo *sube*, y me hubiera vuelto loco, si nó conociera que era Luisa, al decirme: ¿Qué tal te parezco rubia?

Mi desconocida, la incendiaria de la pasion que yo juzgué inextinguible, era mi mujer.

Dijela que la amaba más que morena, y la exigí continuara hecha una Margarita de pega.

Al llegar á casa mi suegro tenia las patillas rubias y mi suegra el pelo blanco. El pelo blanco en una suegra desarma al yerno más recalcitrante, las canas causan siempre respeto. Era dado á la química mi suegro y ensayaba sus productos en las cabezas de su familia. A mí me ha querido poner rubio, verde, de todos los colores. Yo me he opuesto. Abro las primeras páginas de mi diario de este año, y las encuentro llenas de poesía y fuego. Entonces era un enamorado, hoy soy un marido, y la poesía huye, y al fuego sucede el hielo.

1.º de Agosto.

Mi suegra es un camaleon.... que come....

Dia no sé cuántos, tres años despues.

He perdido de tal manera los memoriales, que no sé de qué color me gusta el pelo en las mujeres. Mi mujer varía, y sin embargo me gusta siempre el contrario del suyo.

Es copia fiel y exacta del diario de mi amigo Pepe.

P. A. GIRAUT.

CARTAS DE LA GRANJA.

13 JULIO 1874.

Sr. D. Carlos Frontaura.

Mi querido amigo: Estábamos á 6 del corriente—no se me olvidará,—el termómetro de mi balcon, que es de lo más avanzado que he conocido, marcaba cuarenta grados y algunos *centimos*, como dice el mozo de la imprenta; el calor por ende era inaguantable; usted preparaba un viaje á Carabanchel de arriba; los amigos que nos reunimos con Vd. al anochecer en esa redaccion, dábamos fuertes resoplidos, haciéndonos aire con los sombreros respectivos. D. Antonio Trueba pensaba en la excursion á las montañas de Asturias que tiene proyectada; Manolo Ossorio y Bernard estaba ya resuelto á acompañar á Vd. á Carabanchel, donde veranea hace tiempo el popular Teodoro Guerrero; Puig Perez se habia marchado á Alicante; Constantino Gil se disponia á trasladarse á Paracuellos; en fin, que nos *disolviamos*, en el doble sentido de la palabra. Era, pues, preciso huir del calor, sopena de resignarse á tomar el único fresco respirable, en ese tos-

adero, haciendo viajes desde la Puerta del Sol al barrio de Salamanca, sentados en la parte superior de los coches del tramvía, porque el fresco de los jardines del Buen Retiro (que no sé cuándo dejará de ser *bueno*) y el del Prado se deja sentir únicamente cuando se moja uno con saliva la punta de la oreja, medio que recomiendo á Vd. si quiere sentir deliciosa frescura en el acto, pero que lo mismo puede emplearse dentro de casa que en medio de la calle.

Consecuencia de todo fué que el día 6 al medio dia, cuando más se gozaba el ardiente Febo en achicharrarnos, me despedí de Vd. para este Sitio; me dió usted un paquete de galletas de la fábrica de Badalona para entretener las horas del camino; de esas galletas tan esquisitas que sólo saben hacer en España los catalanes, con sus versitos y todo, aunque, á decir verdad, los versos es lo único malo que tienen, porque los hay de este calibre:

«Por una mirada sola,
daria mi vida, Lola.»

«Elisa, si tierna miras,
cuántas pasiones inspiras;»

y á cosa de las cuatro y media de la tarde salí de la estacion del Norte hácia Villalba, y en compañía de varias familias que llevaban la misma direccion.

Nada de particular nos ocurrió hasta Villalba: allí esperaban nada ménos que ocho carruajes, entre diligencias, sillas de posta y ómnibus, y al poco rato, cómodamente embaulados en estos vehículos, capaces de quebrantar las constituciones más buenas (las Constituciones políticas inclusive), nos internamos montaña arriba, á paso de galera acelerada, porque la cuesta es penosísima, y así llegamos á la cima del puerto de Navacerrada, donde descargó una de las varias nubes que, para que no fuéramos sólo, nos habian acompañado todo el camino. Por fin, á la una de la madrugada entramos en este Sitio, silencioso y oscuro como boca de lobo, porque en punto á alumbrado no mejora gran cosa, y me dirigí á mi domicilio, ya alquilado de antemano.

La casa que ocupo es uno de los edificios más notables del Sitio, aunque me esté mal el decirlo, y bien merece un parralillo. Llámase la *Casa de Infantes*, construida, como indica su nombre, para dar albergue á los infantes de España durante las jornadas de la corte; y no dudo que por aquel tiempo, en que el Sitio tenia mayor esplendor, lo pasasen aquí á las mil maravillas los *serenísimos* infantes que la ocupaban. Es un gran caseron, edificado en una cuesta no ménos grande; de tal manera que el piso que yo ocupo, principal por la parte en que está la puerta de entrada, llega á ser piso tercero con honores de cuarto al fin de la calle. Compónese el edificio de tres grandes patios, á donde dan las galerías de los tres pisos, que, unidas unas á otras, forman larguísimos corredores, en cada uno de los cuales, á manera de celdas de convento, están las habitaciones convenientemente numeradas para mayor claridad. Grandes paseos pueden darse por estas galerías; pero como el alumbrado brilla por su ausencia, resulta que á la puesta del sol la oscuridad de estas crujiás y el silencio de la casa confundenla con un monasterio deshabitado, donde la menor cosa, la luz de un fósforo, el aullido de un perro, el rechinar de una puerta, semejan ruidos y siluetas misteriosas, y créese ver la forma negra de un fraile que abandona su celda, ó la sombra de un aparecido que deja su tumba para recorrer los sitios que en vida le fueron favoritos. Y crea Vd. que esta solemne tranquilidad, que esta calma tan inalterable, tienen para mí grandes atractivos, precisamente por lo aficionado que soy á los contrastes. Si aquí hubiera encontrado el mismo bullicio de Madrid, y coches, y gentes por todas partes, y luces de gas colocadas profusamente, y hubiera escuchado el ruido del pito del tramvía á cada momento, y, en fin, la vida exuberante de esa ex-corte tuviera aquí igual desarrollo, de nada hubiera servido el cambio de aires y de cielo. No, amigo Frontaura; ésta es otra vida, y aseguro á Vd. que por una temporadita no deja de tener sus alicientes una transicion tan radical. Paseando algunas noches estas misteriosas galerías, únicamente alumbradas por la luz de la luna, cuando quiere salir, ó de las estrellas, cuando no hay tormenta, perdido en la sombra de esta casa de *Duendes*, recuerdo con cierta melancolía, con cierta pena (¿por qué negarlo?), las noches de Madrid, sus fiestas y su animacion, su alegría y sus mil ruidos; pero lo recuerdo con la tranquilidad beatífica del fraile cartujo, que, lejos del mundo y sus placeres, se consagra á la vida contemplativa, á admirar la naturaleza, á mirar el rabo del cometa y á.... acostarse temprano, cruzando estos cláustros de convento sin frailes con un valor y *serenidad* pasmosos—que seguramente por ésto llamaban *serenísimos* á los infantes.—Echo mucho de ménos la vida de Madrid; pero me hago superior á mí mismo, y me dedico á aprender, como los antiguos monjes, á despreciar las pompas

mundanas, y hasta hay ratos en que creo que lo voy consiguiendo; pero, mire Vd. si seré yo incorregible y descontentadizo; á pesar de todos estos naturales atractivos, me entran de pronto unas ganas de coger el maletín y echar á correr á Madrid, que necesito continuar haciendo nuevos esfuerzos para dominarme, y, en vez de tomar el *tole*, resignarme á pasar el rato bajo un *tilo*. Consuérame algo el ruido de las diligencias que entran en el Sitio todas las noches llenas de viajeros de Madrid, entre los que suelen venir personas conocidas; pero, á pesar de las diligencias, cuando miro desde mi balcon la montaña llamada *Siete picos*, y considero que al otro lado de los *picos*, que son de color *pardo*, está Madrid, yo me iria de buena gana de *picos pardos*, porque al verlos, me olvido de la agradable frescura este Sitio, de la apacible de calma que aquí disfruto, y tentaciones me dan de subirme á la testera de la silla de posta del duque de la Torre cada vez que éste se marcha, y ni siquiera me acuerdo de los 40° que la temperatura ha concedido en esa villa al termómetro, como si éste perteneciera al ejército.

Dispense Vd. este desahogo de mi volubilidad, y aunque se quede Vd. en la duda de si me gusta más esto que eso, continúo.

No describo á Vd. las bellezas del Sitio, ni sus magníficos jardines, porque los lectores de EL CASCABEL deben recordar la novela que hace tres años publiqué en ese periódico, y á ella me refiero. Me limitaré, pues, á contar lo que ahora ocurre.

Poca gente hay todavía, pero es seguro que este Sitio será en el actual verano uno de los puntos más concurridos. Todo está tomado ya, y algunas habitaciones han sido alquiladas por precios á que no estaban acostumbrados los arrendadores. Sé de algunas que se han alquilado por 6, 8, 10, 12 y 14.000 reales para toda la temporada, reducida á tres meses todo lo más. Tomada ésta, la casa en que habito, las de en frente, la de *Oficios*, la de *Canónigos*, donde se hospeda el duque de la Torre, y casi todas las viviendas particulares, aquí todo está *tomado*: yo hasta la voz tengo *tomada*.

Lo único que continúa desalquilado es el Palacio; pero no quiero meterme en honduras.

Por lo demás la vida aquí es la de siempre; á las siete de la mañana, lo más tarde, me despiertan los acordes de la excelente música del batallón de cadetes, que está alojada en el piso bajo de esta casa; tomo el desayuno y voy á los jardines, que están deliciosos, sí señor, palabra de honor, de que es imposible hallar en otro sitio tanta y tanta magnificencia, tan inagotable vegetación, tan deliciosa frescura. Allí permanecemos los aficionados hasta la hora de almorzar, en que volvemos á casa, aunque trato de permitirme algunos almuerzos al aire libre. Al regresar á mi celda encuentro siempre el relevo de la guardia del duque de la Torre, que dan los cadetes, y, mientras dura, la música del cuerpo toca piezas escogidas con mucho gusto y afinación. Son de ver y admirar la soltura y gallardía con que marchan los cadetes, especialmente los gastadores, que, á diferencia de lo que se acostumbra en otros institutos militares, son aquí los más pequeños.

Y ahora, si Vd. gusta, vamos á almorzar. Terminado éste, llega el correo, leemos las cartas y periódicos de Madrid, tan esperados por todos; contestamos á los

En el jardín del Teatro de Verano.



- Oye, sobrino, mucho te ha mirado esa jóven.
- La conozco, tío. Es un modelo...
- ¿De virtudes?...
- No, de un pintor amigo mio.

que nos escriben, y más de una tarde, mientras el sol se deja caer—porque también aquí hace bastante calor durante las horas del mediodía—dormimos la siesta, ó sentados á la sombra leemos libros ó periódicos.

La comida tempranito, y despues á la calle todo el mundo. Unos se van á los jardines y otros camino de Segovia, donde se ven bastantes carruajes y no pocos caballos. Esta es una de las distracciones que me permito. Casi todas las tardes alquilo un caballo de mucha sangre como todos los del Sitio, de tanta sangre que, para hacerlo andar, tengo que propinarle una buena ración de latigazos, y en compañía de mi hermano y de muchos cadetes, que llevan pencos por el estilo, cruzamos la carretera de Segovia. Algo es algo, y todo es preciso para lograr no aburrirnos en medio de tanta delicia. Así y todo, los días se hacen muy largos, como que creo que aquí tiene cuarenta y ocho horas cada uno...!

Hay compañía dramática bastante regular; pero sólo los domingos está el teatro algo concurrido por el bello sexo. Los demás días apenas hay más que cadetes.

Los jueves tenemos música en la Plaza de Palacio y los domingos dentro de los jardines, donde acude mucha gente de Segovia á ver correr las fuentes. Ayer estaban los jardines completamente llenos, vinieron también los cadetes del Colegio de artillería de la vecina ciudad, se reunieron todas las familias del Sitio y se pasó bien la tarde.

Entre las familias que he visto por aquí, recuerdo, además de la del duque de la Torre, á las de Ahumada, O'Lawlor, Bahüer, conde de Santa Coloma, marqueses de Castelar, Bruguera, Alonso Martiáez, Gaminde, Mateos, Olañeta, marqués de Urquijo, Olivares, García Torres, Dumont, Martínez, Aparisi, Montenegro, Llorente, Ros de Olano, Massa, Abascal, Alvarez (D. Cirilo), Sedano, García Rizo, Arenzana, varios

oficiales de la secretaría de Gracia y Justicia y otros muchos.

Un día de estos pienso hacer una escursión á Ríofrío y Balsain, otro verá el Palacio real. Para todos estos sitios me ha proporcionado billetes el médico de aquí, D. Pablo Velasco, persona muy apreciable y que goza de excelente reputación.

Esta carta se va haciendo sobrada larga.

Otro día escribiré á Vd. con lo que de nuevo vea y oiga.

Deseo á Vd. y á todos los compañeros poco calor y pocos sellos de los nuevos; aquí no se conocen. La otra noche tomé un sorbete y me lo sirvieron sin sello. Ya ve Vd.

No deje usted de escribirme algo de lo que por ahí ocurra, y cuente siempre con la verdadera amistad de su afectísimo

RICARDO SEPÚLVEDA.

CARTAS DE ALEMANIA.

Correspondencia particular de EL CASCABEL.

HAMBURGO 25 de Junio de 1874

Escribo á Vds. con más reposo que me fué dado en mis anteriores del 13 y 18. La Exposición de Bremen concluyó el 21, y en la misma noche se sucedían los trenes extraordinarios, unos con dirección á Berlin, llevándose al Príncipe real de Prusia y su numeroso E. M.; otros con dirección al E., en los que marcharon el rey de Sajonia con la respetable ex-reina de Grecia; otros, en fin, al S. con los príncipes de Pless y de Coburgo y otros personajes menos importantes.

Las carreras de caballos del 19, 20 y 21, sobrepusieron á lo que se esperaba; la temperatura á 10 grados Reaumur, que se hacía sentir doblemente por el poco abrigo que permite generalmente el mes de

Junio. Los premios magníficos, con especialidad el centro de mesa y candelabros de plata cincelada de artístico mérito que las señoras bremensas otorgaron al Mayor comandante de caballería Von Rosenberg, que está reputado como el mejor ginete de Alemania, el cual tiene la buena costumbre de aprovecharse de su mérito y ganar todos los premios, lo mismo en Berlin que en Hamburgo, lo mismo en Hannover que en Baden. Posee cuatro soberbios caballos de raza, y el favorito, con el nombre de «Prata», es un animal esencialmente largo y feo, pero admirable para las carreras, que no vayan Vds. á creer se limitan á recorrer un círculo más ó menos extenso de 1500 á 2000 metros; nada de eso, en Alemania estos círculos están sembrados de obstáculos con grandes empalizadas de verdura, detras de las cuales existen fosos de 10 y 15 pies de ancho, y los caballos han de salvar ambos obstáculos de un solo salto; como comprenderán ustedes, ocurre frecuentemente que caballero y caballo quedan sepultados en el agua; pero el «Prata» de Rosenberg todo lo salva con una limpieza extraordinaria.

El Príncipe real bajaba de su tribuna á cada turno y vestido de su sencillo uniforme de general de caballería, se mezclaba con la concurrencia, estrechando la mano del oficial vencedor y aceptando una copa de champagne á la vista de los espectadores, que prorumpían en estrepitosos hurras, en aquel pueblo con toda su república de derecho.

El 21 por la mañana tuvimos nuestro ejercicio de bomberos, organizados tan militar y mecánicamente que llenaron de agua á la concurrencia con un estocismo esencialmente alemán; estas compañías están de tal manera disciplinadas, tal es la naturaleza precisa de sus servicios, que apenas se siente el telégrafo de aviso en todo el distrito de Bremen donde ocurre el incendio, se suceden las apuestas sobre el número de minutos que tardan en llegar las bombas y el número de minutos en que apagarán el fuego, y despues sucede también que ningun periódico se ocupa en relatar minuciosamente (como en cierto país que yo conozco) sobre si la autoridad tal ó cual llegó primero ó despues, y si de consuno con ella dictaron sus órdenes treinta mandamines más para que nadie se entienda; en Bremen nadie dicta órdenes ni dispone cosa alguna sino el oficial de bomberos, al cual todos tie-

